8234

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

PARA LAS ÁNIMAS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DOMINGO GUERRA Y MOTA

MADRID
CEDACEROS 4, SEGUNDO
1895

A mi querido y buen amigo el aplaudido y estudioso autor D. Enrique Navas como recuerdo

D. Guerra y Alfaro

PARA LAS ÁNIMAS

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

PARA LAS ÁNIMAS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DOMINGO GUERRA Y MOTA

Estrenada con buen éxito en el TEATRO CERVANTES de Sevilla la noche del 30 de Marzo de 1895

SEVILLA

IMP. DE FRANCISCO DE P. DÍAZ, GAVIDIA 6
1895

REPARTO

Personajes	Actores
ADELA	Srta. D.ª Milagros Pierrat.
ROSA.	Sra. D.ª Micaela Calle.
JUANA	Srta. D.ª Cecilia Delage.
LUIS.	Sr. D. Waldo Fernández.
CARLOS	„ „ Luis L. Echaide.
CLAUDIO.	„ „ Carlos Tojedo.

Época actual

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El Autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MI BUENA AMIGA

DOÑA MICAELA CALLE

Como recuerdo por la admirable interpretación que hizo de su papel de Rosa en esta obrita.

Su afmo.

El Autor.

ACTO ÚNICO

Habitación con buenos muebles pero con mal gusto decorada. Puerta al foro y lateral derecha. Balcón á la izquierda y chimenea en segundo término. Mesa velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

ADELA, JUANA y LUIS

JUANA. (En la puerta del foro dejando entrar á Adela y Luis entra después.) Aquí pueden los señores esperar.

LUIS. ¿Dices que salieron tus amos hace tiempo?

JUANA. Sí señor: por eso creo que no tardarán en volver.

LUIS. Bien, esperaremos un ratito.

JUANA. Si los señores no desean alguna cosa....

LUIS. Nada; puedes marcharte.

ESCENA II

ADELA y LUIS

ADELA. Vamos á ver, maridito, ¿puedo ya saber á quienes venimos á visitar? (Se sienta.)

668592 ~~618451~~

LUIS. ¿No te he dicho que es á un antiguo amigo y compañero?

ADELA. Sí, eso ya lo sé, pero nada más. Yo deseo saber quién es ese amigo y quién es su mujer.

LUIS Quien és el amigo te lo diré, pero quien és su esposa no, porque no la conozco. Carlos García, que así se llama, estudió conmigo en el colegio cuando niños, y jóvenes luego concluimos juntos la carrera militar. Nos separamos siendo los dos tenientes de artillería y después de cuatro años de no tener noticias suyas, recibí una carta en la que me anunciaba su casamiento y su residencia en Madrid. Han pasado dos años de esto, y al ser destinado hoy á la corte, he sentido deseos de abrazarlo porque es un amigo á quien quiero mucho.

ADELA. Bueno. Y respecto de sus condiciones podrás decirme algo, ¿verdad?

LUIS. Ya lo creo. Mira, tiene unos veintisiete años, mi edad próximamente. Más guapo que yo, eso sí, la verdad ante todo.

ADELA. (Con cariño y algún mimo.) ¿Más guapo que tu? ¡Tonto! ¿Qué más quisiera él que parecerse á tí?

LUIS. Pero mujer, si no lo has visto todavía....

ADELA. Como si lo viera. ¿Mejor que tu? No, no, por esa si que no paso.

LUIS. Bueno. Pues más feo que yó.

ADELA. Corriente, eso, eso. Pero no son las condiciones físicas las que yo quiero conocer, sino las cualidades morales.

LUIS. ¡Ah! Pues es un buen muchacho. Muy religioso, nunca ha tenido vicios, es decir, durante el tiempo que yo le traté....

ADELA. ¿De modo que es un santito?

LUIS. Tanto como para colocarlo en el calendario, nó, pero es un buen chico. No ha tenido siempre más que una sola aspiración.

ADELA. ¿Cual?

LUIS. La de hacerse rico á toda costa.

ADELA. ¡Qué afán de dinero!

LUIS. Y lo ha conseguido, porque según me decía en aquella carta se había casado con una mujer bastante rica.

ADELA. Sí, ya se conoce por el aspecto de la casa. Tiene muebles de mucho valor pero con muy mal gusto combinados.

LUIS. Mira, cuando nos echábamos las novias, había que ver como ajustaba las cuentas sobre el capital que cada una tenía. Mas de cuatro veces reñimos por esto.

ADELA. ¿Pero tú también las ajustabas?

CARLOS. Yo no, sino al rebatirle los argumentos que empleaba en la distribución de la soñada riqueza que había de darle la felicidad.

ADELA. Pues indudablemente tu amigo la habrá conseguido.

LUIS. Así lo creo.

ADELA. ¿Y tú por qué no has buscado lo mismo?

LUIS. Porque yo siempre he pensado de otro modo. Mi amigo será felíz por medio del dinero y yo lo soy por medio de tu cariño.

ADELA. Es que se pueden tener las dos cosas.

LUIS. En efecto, pero yo me contento con una. (Pausa.)

ADELA. (Levantándose y mirando los muebles.) ¡Qué cortinaje tan ordinario! Qué mal gusto demuestra tener la dueña de la casa. (Cogiendo un retrato que habrá en la chimenea.) Aquí hay un retrato ¿será el de tu amigo?

LUIS. (Acercándose y mirándolo.) ¿A ver? Sí, éste es.

ADELA. (Con mimo.) ¿No lo decía yo? ¿Más guapo que tu? (Deja el retrato y coje otro del mismo sitio.) ¡Ay! mira, este debe ser el de su mujer. ¡Es muy linda! ¡Ya se vé! (Enseñándolo á Luis.) ¡Qué jovencita! ¡Es casi una niña! Y qué ojos tiene tan bonitos.

LUIS. Es verdad; pero mucho mejores son los tuyos.

ADELA. No, no, que son estos muy bonitos. (Deja el retrato y coje otro.) Oye, Luis, y aquí está la suegra. (Enseñándole el retrato y con coquetería.) Esta si que no los tiene como los míos, ¿verdad?

LUIS. ¡Mujer!

ADELA. No es vieja. Representará unos cuarenta y ocho á cincuenta años. (Fijándose en el retrato.) Qué poco se parece á la hija. Tiene el aire de familia, pero nada más. (Deja el retrato y acercándose al velador toma un libro.) Un libro de cuentas. Letra de mujer. ¡Ay! ¡mira, mira! Es casi una niña y lleva las cuentas de los gastos de la casa. Voy á ver. Pero no, no, esto no debo hacerlo.

LUIS. Anda, curiosilla, mira lo que quieras. Se trata de un amigo de toda mi confianza.

ADELA. (Leyendo en el libro.) "Ingresos del mes de Mayo. Dos mil pesetas."

LUIS. No es mala renta.

ADELA. (Leyendo.) "Gastos del mes. Resumen. En la casa novecientas pesetas. Atenciones religiosas doscientas cincuenta. Tocador, cien." (Con extrañeza.) ¿Cien pesetas? Sí, no me he equivocado.

LUIS. Será un tocador nuevo que ha comprado.

ADELA. Eso será, porque, la verdad, en polvos y jabones me parece mucho para un solo mes. (Leyendo.) "Gastos de mi marido" (Con gran curiosidad.) ¡Ay! vamos á ver, vamos á ver, (Leyendo con extrañeza.) "Diez pesetas."

LUIS. Diarias.

ADELA. No, no, en todo el mes.

LUIS. ¿Has leido bien?

ADELA. Sí, mira, un uno y un cero.

LUIS. ¿Á ver el total?

ADELA. (Leyendo.) "Mil doscientas sesenta, restan setecientas cuarenta para la caja de ahorros" (Dejando el libro.) Qué económico es tu amigo. No eres tú lo mismo.

LUIS. (Con algún enojo.) Cierto. Yo despilfarro de una manera horrorosa. Tengo muchos vicios y muy malos. Ya ves, el tabaco, el café....

ADELA. (Con cariño.) No te enojes, tonto. Si es una broma. Lo que yo deseo es que puedas gastar más y no tengas privación alguna, pero con el modesto sueldo que tienes no se puede hacer otra cosa.

LUIS. Es verdad ,pero no me hace falta nada. (Pausa.) ¿Sabes que ya se tardan demasiado? (Toca el timbre que habrá so-

bre el velador.) Si te parece daremos un paseo y volveremos después.

ADELA. Como tú quieras.

ESCENA III

DICHOS y JUANA

JUANA. (Por el foro.) ¿Qué mandan los señores?

LUIS. Nos marchamos y volveremos luego. Cuando venga el señorito entrégale esta tarjeta.

JUANA. Está muy bien.

ADELA. Adios. (Se van por el foro Adela y Luis.)

ESCENA IV

JUANA

JUANA. Voy á ver si está mi Julián en la esquina. (Abre el balcón y se asoma.) Si, allí está. (Saca el pañuelo y hace señas.) No ve la seña. ¿Será distraido? ¡Eh! Está mirando á una chulapa que pasa por su lado. La habla muy entusiasmado. ¡Habrá tunante! Y ella se ríe. ¿Qué le estará diciendo el muy.... Se acerca más y le habla al oido. Ella echa á correr y èl vuelve la cara para verla ir. ¡Valiente tuno! Me las pagarás. Ya viene hacia acá, pero sigue volviendo la cara. ¡Pillo! ¡Me alegro! Ha tropezado con un burro. (Pausa.) Ya está aquí. (Cerrando el balcón y retirándose con enfado.) Pues lo que es conmigo no te ríes. (Suena dentro una campanilla.) Ya están ahí los señores. (Se vá por el foro.)

ESCENA V

ROSA y CARLOS

(Por el foro. Rosa en traje de calle y sombrero algo ordinario. Carlos vestirá cazadora y pantalón negros, chaleco blanco y corbata verde claro. Traerá en una mano una sombrerera y en la otra una sombrilla envuelta en un periódico. Figurará venir cansado y abatido y al sentarse en una butaca dejará en el suelo á los lados los dichos objetos, quedando pensativo.)

ROSA. (Sentándose algo retirada de Carlos dirigiéndose á este que no la escucha,) Vaya, ya estamos en casita. Que quiera una que no siempre la han de entretener en las tiendas. La verdad es que á mi me distinguen y me presentan todas las últimas novedades. Como saben que tengo tan buen gusto ¡claro! se esmeran los pobres en servirme. (Pausa.) ¡Que amable es ese Federico! "Señora, usted que es tan elegante ¿por qué no se lleva este traje tornasolado azul y verde rana? Le sentaría á usted divinamente." A un ofrecimiento hecho en esta forma ¿quién se resiste? Mándemelo á casa, contesté enseguida. Pues, ¿y el perfumista? Acabo de recibir, me dijo, un extracto delicioso. Último adelanto de la industria, desconocido hasta ahora apesar de haber sido el primer perfume que usaron nuestros padres. Esencia de manzanas del Paraiso. Debe usted llevarlo y verá que cosa más exquisita. Póngame usted un par de kilos, contesté yo distraida y ¡con qué delicadeza celebró la ocurrencia el perfumista! Vamos, que hubiera sido una grosería venirme sin las manzanas, digo, sin los frascos. (Pausa). La que estuvo un poquito grosera fué la de los sombreros. Quiero un sombrero sumamente fino, y, como era la primera vez que entraba en su casa, sin duda me creyó una cursi cualquiera y me presentó uno de terciopelo negro con un ligero adorno amarillo. Pregunto

sonriendo el precio de aquel espantajo y me dice: "para usted treinta y cinco pesetas." ¡Para mi! ¡Para mi! Como si yo acabase de llegar de alguna aldea. Saque usted sombreros de los más caros, y entonces al verme elegir el más elegante pudo apreciar quien era yo y la falta que había cometido. Saca el sombrero, Carlos. (Carlos saca de la sombrerera un sombrero de mujer algo cursi.) ¡Qué lindo es! Noventa y cinco pesetas. La verdad es que no me hacía mucha falta, pero no quiero que me vuelva á suceder lo de ayer. (Carlos guarda el sombrero.) Las de López, ya las conoces. Esas cursilonas que no tienen sobre que caerse muertas, al verme pasear por el Prado se sonrieron como diciendo: "la pobre trae el mismo sombrero hace un mes." ¡La pobre! Como si yo hubiera necesitado á ellas nunca. Ellas si que vivieron á costa de mi papá durante mucho tiempo. ¡Y qué ordinarias han sido siempre! Carlos, vamos á ver lo que hemos gastado. Apunta en un papel. (Carlos se acerca al velador y tomando papel y pluma figura escribir.) El sombrero noventa y cinco pesetas. La sombrilla veinte, dos frascos de esencia treinta... ¿Total?...

CARLOS. Ciento cuarenta y cinco.

ROSA. Yo te di al salir de casa ciento cincuenta, han sobrado por tanto, cinco. Dámelas.

CARLOS. (Sacando del bolsillo del chaleco algunas monedas.) Pues no resulta eso. Aquí no tengo más que una con setenta y cinco.

ROSA. No puede ser. ¿Que más hemos comprado? ¡Ah, ya! La corbata para ti. Tres pesetas. Tienen que sobrar dos.

CARLOS. Pues tampoco sale.

ROSA. Como que no se ha contado la cajilla de cigarros tuya. Un real.

CARLOS. Tienes razón. Ahora sale bien. Toma. (Le entrega el dinero.)

ROSA. ¿Te gusta la corbata?

CARLOS. Como es del mismo color y clase de la que tengo puesta...

ROSA. ¿No te agrada quizás? Pues ya sabes que ese es el color más elegante. Mi difunto papá no usó otro en su vida, porque decía con muchísima razón, que un hombre con americana y pantalón negro, chaleco blanco y corbata verde iba bien á todas partes. ¡Ay! parece que lo estoy viendo. ¡Qué buen gusto tenía! Por eso quiero que vistas como él... Cuando paseaba por Recoletos se llevaba todas las miradas. Era un figurín Todos decían ahí va don Agustín el almacenista de trigo. ¡Qué elegante! Su corbata llamó tanto la atención que se puso de moda y no hubo caballero de buen gusto que no la usara. Era muy distinguido porque tenía muy buen aire. El pobrecito murió de un aire de perlesía. ¡Ay! si hoy viviera sería muy dichoso al verme casada con un hombre como él quería. ¡Pobrecito mío! Le tomaba cariño á todo el mundo. Tenía un perro de Terranova negro con el pecho blanco.

CARLOS. Y corbata verde.

ROSA. Si, con un collar verde, precioso. ¡Animalito! murió de la misma enfermedad que mi papá: de otro aire de perlesía. Los funerales fueron suntuosos.

CARLOS. ¿Los del perro?

ROSA. No hombre, los de mi papá. No quedó abierta en todo Madrid aquel día ni una sola tienda de comestibles y hasta Cánovas lo acompañó al cementerio.

CARLOS. Estaba bien relacionado con los hombres políticos.

ROSA. No, si Cánovas era el perro.

CARLOS. Ya..

ROSA. Al pobre lo agasajaron mucho porque era muy bueno. Todavía conservo un rizo de su pelo.

CARLOS. ¿Pués no me has dicho que tu padre era calvo?

ROSA. Pero si te hablo del perro. Mi papá sí lo era, pero á pesar de eso era muy buen mozo. ¡Si lo hubieras conocido! Tenía cierto parecido á ti. Un poco más bajo y más grueso, pero así desde lejos con el mismo traje que él te das cierto aire...

CARLOS. (De perlesía.)

ESCENA VI

DICHOS y JUANA

JUANA. (Por el foro.) ¡Señorito!

CARLOS. ¿Qué quiere?

JUANA. (Entrando.) Se me había olvidado decir á usted que han estado aquí unos señores que querían verlos y después de esperar un rato se marcharon dejando esta tarjeta para usted y diciéndome que volverían. (Entrega una tarjeta á Carlos.)

ROSA. ¿Quienes son esos señores?

CARLOS. ¡Qué sorpresa tan agradable! Mi compañero Luis Pérez y su mujer.

ROSA. (Con prevención.) ¿Quién es ese Luisito?

CARLOS. Un condiscípulo y compañero de carrera.

ROSA. (Con ironía.) ¡Un militar! (Con algún imperio y enojo.) Ya sabes que no me hacen ni pizca de gracia los militares, porque son todos demasiado alegres y bulliciosos.

CARLOS. ¿Entonces por qué te casastes conmigo?

ROSA. Porque dejaste de serlo pidiendo el retiro definitivo. De otro modo no hubiera ido al altar. ¡Militares! Aficionados á cafés, tertulias y mil excesos semejantes que se avienen muy mal con mi caracter. Nada, nada, ya sabes, cuando venga tu amigo...

CARLOS. Lo arrojo á la calle, ¿no es eso?

ROSA. No, puedes recibirlo, pero en casita ¿eh? Nada de salir con él á ninguna parte.

CARLOS. Bueno, mujer. Juana, cuando vengan esos señores que pasen.

JUANA. Está bien, señorito. (¡Ay, qué marido y qué mujer!) (Se va por el foro.)

ESCENA VII

ROSA y CARLOS

ROSA. Ahora voy á salir un momento porque tenemos reunión las señoras de la conferencia. Y á propósito de la conferencia. ¡Si vieras como me estoy relacionando con las marquesas y condesas! Ese es mi elemento. No puedo remediarlo, me gusta la gente alta, ¡alta! Yo nací para duquesa; y quien sabe, quien sabe si andando el tiempo...

CARLOS. Otras lo han conseguido.

ROSA. Ya lo creo, con bastante menos razón que yo. Eso mismo me decía la otra noche la marquesa de la Palma. "Yo gestionaré para usted un título porque no debe usted pasar sin él." ¡Ya lo creo que no debo pasar! ¡Y que simpática y amable es esa marquesa! Tiene mucha influencia con los ministros. A mi me quiere mucho. Ya ves, hasta me consultó si yo tenía alguna finca cuyo nombre fuese apropósito y convinimos las dos, después de mucho charlar, en que el más bonito era el que ella me indicaba. (Con énfasis.) "Duquesa de la Dorada Espiga." Muy lindo, ¿verdad?

CARLOS. Mucho. Parece que se está viendo el trigo y todo.

ROSA. Conque hasta luego, Carlitos. ¡Ah! Si viene don Claudio y trae el trajecito bordado para el niño Jesús, dile que vuelva luego con la cuenta para pagársela.

CARLOS. Sabes que ese don Claudio hace tiempo que me parece un farsante; que no es lo bueno que tu te figuras.

ROSA. No digas esas cosas. Ese hombre es un santo y no hay motivos para esa sospecha.

CARLOS. Bueno, bueno.

ROSA. Que tu no salgas de casa, ¿eh? Yo vuelvo enseguida.

CARLOS. Está bien, mujer. (Se va Rosa pór el foro.)

ESCENA VIII

CARLOS

CARLOS. (Con alguna ira.) ¿Y que tenga yo que tolerar esta tiranía? ¿Qué tenga que vivir supeditado á esta mujer? (Con más ira y dando un golpe sobre el timbre que lo hace sonar.) ¡Esto es horroroso! (Transición y con calma.) ¿Pero de qué me quejo? ¿Nó me casé por mi gusto? ¡Ah! si no fuera por el testamento que tienes hecho á mi favor ya sabrías tú quién era Carlitos.

ESCENA IX

CARLOS y JUANA

JUANA. (Por el foro.) ¿Qué manda el señorito?
CARLOS. Nada. No te he llamado.
JUANA. Como oí sonar el timbre, creí....
CARLOS. Oistes mal.
JUANA. Entonces....
CARLOS. Espera. (Qué diferencia entre mi mujer y.... y eso que esta es una criada. Pero vale más, mucho más indudablemente.) Escucha, Juana.
JUANA. (Acercándose) Ya oigo. ¿Qué manda usted?
CARLOS. Que me mires frente á frente.
JUANA. Vaya una ocurrencia. ¿Nada más que eso? (Mirando con descaro.) Pues ya está.
CARLOS. ¿Qué edad tienes?
JUANA. ¿Otra vez? ¿No lo sabe usted ya? Diez y nueve años.
CARLOS. (Y mi mujer cuarenta y ocho.) Acércate más.
JUANA. (Con prevención.) ¡Señorito! ¿Vamos á empezar?
CARLOS. Pero ¿porqué tienes esa cara?
JUANA. ¡Toma! por que no tengo otra mejor.

CARLOS. Mejor que esa sería muy difícil. (Se levanta é intenta abrazar á Juana.)

JUANA. Estése usted quieto que no tengo el humor para bromas.

CARLOS. No seas uraña, tonta.

JUANA. Pero ¿qué quiere usted?

CARLOS. Nada más que esto. (La abraza.)

JUANA. (Fingiendo enfado.) Señorito, suelte usted. (Me alegro. Ya me las pagó Julián.)

CARLOS. (Separándose.) Tu has reñido hoy con tu novio.

JUANA. (Con extrañeza.) ¿Cómo lo sabe usted?

CARLOS. No, me lo he figurado. Anda, dame otro abrazo.

JUANA. No, con uno es bastante para que él rabie.

CARLOS. ¿Pero cómo va á rabiar por eso si no lo sabe? Por supuesto que no es preciso que lo sepa.

JUANA. El no lo sabe, pero lo sé yo que es lo mismo.

CARLOS. Ya. (Suena dentro una campanilla.)

JUANA. Llaman. Voy á ver quién es. (Se va por el foro.)

ESCENA X

CARLOS y CLAUDIO

CLAUDIO. (En la puerta del foro.) *Deo gratias.*

CARLOS. Venga usted con Dios. (Ya está aquí el beato.)

CLAUDIO. ¿Se puede pasar?

CARLOS. Sí, adelante.

CLAUDIO. (Entrando.) No sé si seré inoportuno y sentiría molestar....

CARLOS. No señor, no molesta usted.

CLAUDIO. Un millón de gracias, don Carlos, usted siempre tan amable y tan bondadoso.

CARLOS. Siéntese usted. (Pues señor, este hombre es un hipócrita.)

CLAUDIO. Un millón de gracias. (Se sienta.) Pues aquí traigo.... (Señala una caja de cartón que traerá en la mano.)

CARLOS. El vestidito del niño Jesús, ¿no es eso?

CLAUDIO. Precisamente. Ahora vengo de casa de la bordadora que lo acaba de concluir. (Abriendo la caja y enseñándola á Carlos.) Mire usted qué traje tan primoroso.

CARLOS. No está mal hecho, por más que yo no entiendo de estas cosas.

CLAUDIO. Ay, pues yo sí.

CARLOS. Es natural. La costumbre de....

CLAUDIO. Sí, de ver muchas confecciones de esta clase me ha hecho perito en la materia. Veinte años hace que me dedico á estos encargos piadosos y créame usted, don Carlos, como este trabajo (Indicando la caja.) he visto pocos, muy pocos.

CARLOS. ¡Veinte años nada menos! Y diga usted, don Claudio, ¿durante todo ese tiempo no se ha ocupado usted en otra cosa?

CLAUDIO. Sí, señor pero todo relacionado con el culto de nuestra santa religión y así, con ayuda de Dios y de las buenas almas, he pasado y paso los días en este valle de lágrimas hasta que Dios tenga á bien disponer de este pobre pecador.

CARLOS. Pero según tengo entendido, usted no cobra nada por esta especie de corretaje que hace. ¿No es así?

CLAUDIO. Así es efectivamente.

CARLOS. Trabaja usted entonces sin recompensa alguna.

CLAUDIO. La recompensa la espero en otra parte. Aquí vivo de las limosnas que me dan. A mi trabajo nunca he puesto precio. Pero gracias al Señor nunca me ha faltado lo necesario. Hay muy buenas y muy piadosas almas en este mundo.

CARLOS. Sí. (Lo dicho, este hombre es un farsante.) Pues mi mujer ha salido.

CLAUDIO. ¡Ah! ¿No está en casa la señora?

CARLOS. No, pero me encargó que le dijese á usted que volviera con la cuentecita.

CLAUDIO. No corre prisa alguna. Nada de eso. Ya vendré otro día.

CARLOS. No, no, no. Usted sabe lo puntual que es ella y no le agradaría...

CLAUDIO. Pues entonces la traeré. No quiero dar ocasión á que se disguste la señora que es una santa, don Carlos, ¡una santa!

CARLOS. ¿Sí, eh? ¿Y cuanto importa el trajecito?

CLAUDIO. Poca cosa. Una friolera. Como se trata de una bordadora que tiene mucha conciencia... cien duros nada más.

CARLOS. Cien duros. ¿Todo para ella por supuesto?

CLAUDIO. ¡Ya lo creo! Integro.

CARLOS. No, creí que agradecida á usted le daría...

CLAUDIO. Suele darme, pero no siempre, una pequeña cantidad, como limosna, ¿eh? porque es muy piadosa y caritativa.

CARLOS. Ya. (No está mal pillo. ¿Cómo probaré yo á este hombre?) De modo que cien duros. No es mucho. El mes pasado le dió á usted mi mujer para no sé qué cosa también cincuenta; el anterior si mal no recuerdo fueron sesenta y así viene, desde hace más de un año, entregándole á usted cantidades para dedicarlas á ésta ó la otra atención religiosa que usted le indica...

CLAUDIO. Como sé que es tan piadosa...

CARLOS. (Ahora me convenceré.) Muy piadosa (con alguna ira) para con usted.

CLAUDIO. No entiendo, don Carlos.

CARLOS. Ahora lo entederá usted. Mientras que á usted le dá todas esas cantidades, á su marido, á mí me dá solamente un real para tabaco. ¿Qué dice usted á esto?

CLAUDIO. Yo, ¿qué quiere usted que diga?

CARLOS. En efecto, quien lo tiene que decir soy yo. Hablemos claro. No tiene usted más que un solo camino para seguir entrando en esta casa.

CLAUDIO. (Algo sobresaltado.) ¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir? (Este hombre sospecha.)

CARLOS. Déjeme acabar. Ó me entrega usted la mitad del dinero que recibe de mi mujer ó en esta mina, amigo mío, se acabó la explotación

CLAUDIO. ¡Don Carlos! Usted me ofende al pensar...

CARLOS. (Con tranquilidad.) Necesito una contestación categóri-

ca, ¿sí ó no? Usted dirá.

CLAUDIO. (Vacilando). Yo, ante una resolución como esa, me veo en una situación difícil, no por mí, que nada quiero, sino por los intereses religiosos que represento. Mi negativa á su proposición sería perjudicarlos... así es que...

CARLOS. ¿Acepta usted?

CLAUDIO. (Con resignación.) ¿Qué he de hacer? (Más vale algo que nada.)

CARLOS. Perfectamente. (Lo mismo que me había figurado.) En ese caso estamos de acuerdo, y ahora señor don Claudio, óigame usted. Yo necesito veinticinco duros irremisiblemente, así es que usted me hará el favor de entregármelos de la cantidad que reciba de mi mujer como precio de ese trajecito.

CLAUDIO. Don Carlos, esa cantidad no me pertenece, es el precio que ha puesto á su trabajo la bordadora.

CARLOS. Bien, bien, pues usted verá el modo de pedírselos á mi mujer.

CLAUDIO. Crea usted que tengo ya agotados todos los recursos, es decir, entiéndame usted. No sé en esta ocasión qué hacer, de qué medio me valga... Yo pensaré y...

CARLOS. Bueno, piense usted lo que quiera porque de lo contrario, ya lo sabe.

CLAUDIO. Está bien. Ahora con su permiso me retiro.

CARLOS. (Con sequedad.) Vaya usted con Dios. (Claudio se va por el foro tropezando en la puerta con Luis que entra con Adela.)

ESCENA XI

ADELA, LUIS y CARLOS

LUIS. (En el foro dirigiéndose á Claudio). ¿Va usted ciego?

CARLOS. ¡Luis!

LUIS. ¡Amigo del alma! (Entrando.) Por poco me deja caer. ¿Quién es ese?

CARLOS. Un caballero de quien ya te hablaré.

LUIS. (Presentando á Adela.) Mi mujer.

CARLOS. Señora...

ADELA. Caballero...

CARLOS. Sentarse, amigos míos. (Se sientan todos.) Cuanto tiempo sin verte, querido Luis.

LUIS. Es verdad, algunos años.

CARLOS. Que he sentido no haber estado en casa cuando estuvieron ustedes antes, pero á mi mujer se le antojó ir de tiendas y las tiendas para las señoras es el cuento de nunca acabar.

ADELA. Es verdad. Y para los hombres es una molestia insoportable. Nunca he podido conseguir que Luis me acompañe á compras.

LUIS. Eso es cuestión de paciencia y yo no tengo ninguna.

CARLOS. Pues mi mujer no quiere ir sola, y yo...

ADELA. La complace usted. Es lo más natural. No la va usted á dejar que vaya sola siendo tan jovencita. Si casi no tiene representación de casada.

LUIS. Eso es verdad. (á Carlos.) Yo te alabo la conducta. Lo que yo hago no es lo más prudente pero...

CARLOS. (Con extrañeza.) (¿Qué están diciendo?) ¿Pero ustedes la conocen?

LUIS. Ya lo creo. Llámala, hombre, llámala.

CARLOS. Si ha vuelto á salir, pero no tardará.

ADELA. Nada, ha tenido usted muy buen gusto. Es muy linda.

CARLOS. (Se burlan completamente.) No acierto á explicarme como la conocen ustedes, así es que estoy...

LUIS. En una confusión completa. ¡Claro! Pues yo te lo explicaré. Cuando antes estuvimos aquí, mi mujer, que es muy curiosa, registró toda la habitación.

ADELA. ¡Por Dios, Luis!

LUIS. Nada, si eso no tiene nada de particular, y se encontró sobre la chimenea los retratos de tu mujer y de tu suegra. Ya está explicado todo.

CARLOS. (¡Ay, Dios mío de mi alma, han tomado á la sobrina por mi esposa!)

ADELA. Dispense usted que haya sido tan curiosa, pero...

CARLOS. (Algo distraido.) No señora, si no me extraña.

ADELA. (A Carlos.) Qué poco se parece la madre á la hija, ¿verdad?

CARLOS. (Distraido y preocupado.) Sí, poco, muy poco.

LUIS. Nada, Carlillos, que has demostrado tener muy buen gusto.

ADELA. ¡Vaya si lo ha tenido! Es muy mona. Debe usted quererla mucho, ¿no es cierto?

CARLOS. Cierto, sí señora. (¿Y cómo digo que nó es esa? Se burlaría de mí.)

ADELA. Tiene una cara tan candorosa y tan angelical...

LUIS. Y demuestra una inocencia su semblante...

CARLOS. Ustedes la favorecen demasiado. (¡Dios mío, que compromiso!) Diré á ustedes. No es lo que parece.

LUIS. Cómo, ¿no es tan inocente?

CARLOS. No, no me refiero á eso, sino á que no es tan bonita como ustedes creen.

LUIS. Vamos, hombre, ¿á qué viene esa tontería? si lo es, ¿por qué no lo has de decir?

CARLOS. (Titubeando.) Antes lo era, sí, desde luego lo era, pero como los años no pasan en balde, ahora...

LUIS. ¿Pero qué años son esos, si el retrato tiene puesta la fecha en que se hizo y no han pasado más que tres?

CARLOS. (Contrariado.) (Es verdad, la fecha del fallecimiento. ¿Y qué digo?) Es que en esos tres años ha variado mucho. Está más fea y más jamona.

ADELA. (Con extrañeza.) ¿Sí? ¿Y cómo se explica ese cambio?

CARLOS. (Vacilando.) Señora... ha tenido muchas enfermedades, ¡muchas, muchas!

ADELA. ¡Ay qué desgracia!

LUIS. Pero hombre, ¿qué enfermedades han sido esas para operarse esa transformación en tan poco tiempo?

CARLOS. Te diré. Ha tenido sarampión, escarlata, pulmonía, tifus y viruelas negras. (Yo no sé lo que me digo, Dios mío.)

ADELA. ¡Ave María Purísima!

LUIS. (Riendo á carcajadas.) ¡Ja, ja, ja! Comprendido, comprendido. Tú dices todo eso para que llevemos la sorpresa al verla y nos parezca mejor. Bueno, hombre,

bueno. Ya estoy deseando verla entrar para sorprenderme. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia!

CARLOS. (¡Pues ya verás que sorpresa!)

ESCENA XII

DICHOS y ROSA

ROSA. (Por el foro.) Ya estamos de vuelta. (Viendo á Luis y á Adela.) ¡Ah!

ADELA. (A Luis.) (La suegra.)

ROSA. Muy buenos días.

CARLOS. (¿Y qué hago yo ahora?) (A Rosa.) Mi antiguo amigo Luis Pérez... su esposa... mi...

LUIS. A los pies de usted.

ROSA. Beso á usted la mano, caballero. Tengo mucho gusto en conocer á ustedes; pero tomen ustedes asiento. (Se sientan Rosa junto á Adela y Luis al lado de Carlos.) (A Carlos.) Pues nada, hijo, no se ha podido celebrar la reunión de la conferencia. Después de mucho esperar llegó un recado de la presidenta, la condesa de la Pita, diciendo que se hallaba indispuesta y no podía asistir. Bien podía haberlo avisado á tiempo y no nos hubiéramos molestado las demás en salir de casa, pero es tan jaquecosa y tan impertinente esa condesa... ¿Verdad, señora, qué eso es un abuso?

ADELA. Cierto.

ROSA. Ya lo creo. Si no fuera porque es de tan buen tono pertenecer á esa asociación, ya la había yo dejado.

ADELA. Mi mamá en Valencia también era de esa asociación.

ROSA. Como que es muy elegante. ¡Vaya!

CARLOS. ¿De modo que ha sido un paseo inútil?

ROSA. ¡Y tan inútil! ¿Y ustedes aquí mientras esperando?

LUIS. Pasando un rato muy agradable con mi amigo Carlos á quien ya hacía muchos años que no veía.

ADELA. (A Rosa.) Son íntimos amigos desde la niñez.

ROSA. Ya, ya me lo ha dicho Carlitos. ¿Y ustedes hace mu-

cho que se casaron?

LUIS. Tres años próximamente.

ROSA. Y ya tendrán ustedes algún chiquitín.

ADELA. Tenemos un varoncito de dos años. Lo íbamos á traer, pero está un poco acatarrado y lo dejamos en casa con la abuela.

ROSA. Lo querrán ustedes mucho, ¿verdad?

ADELA. Con delirio; pero lo quiere más mi mamá.

LUIS. (Á Carlos.) (Oye, ¿pero dónde se ha quedado tu mujer?)

CARLOS. (Á Luis.) (No sé. Ya vendrá) (¡Qué compromiso!)

ROSA. Pues nosotros tenemos la desgracia de no tener ninguno y un niño es la alegría en una casa, pero á mi marido no le gustan los chicos.

LUIS. (A Carlos.) (No me habías dicho que vivías con tu suegro.)

CARLOS. Es que.... (Yo sudo.)

ADELA. Ya le gustarían si vinieran.

ROSA. Ya se vé. Como que es lo que yo le digo á Carlos. Un hijo es la unión en un matrimonio. La vida entonces es bien distinta.

LUIS. Y tan distinta, señora. Se rompe la monotonía y todo resulta agradable. Carlillos, si conocieras esa felicidad....

CARLOS. No, si yo....

ROSA. No, no digas ahora lo contrario. Nunca lo has deseado, pero yo sí.

ADELA. Como mamá, lo mismo que mamá.

LUIS. Como que el niño es la única distracción que tiene la abuela. Lo está echando á perder por que no lo contraría en niguno de sus caprichos. Ayer, sin ir más lejos, nos echó á perder el sofá del gabinete. Jugando con un tintero dejó fotografiadas sus manitas en el sofá.

ROSA. ¡Que monería! ¡Ay, si tuviéramos uno, con cuanto gusto le dejaría hacer esos retratos en todos los muebles de la casa!

ADELA. ¿Ves, Luis? Como mamá, lo mismo que mamá.

ROSA. (Que tonta está esta niña con su mamá.)

CARLOS. Y apropósito de muebles. Si vieran ustedes qué raros son algunos de los que tenemos....

ROSA. ¿Pero no han visto la casa?

CARLOS. No, y á esta señora le gustaría....

ADELA. Yo....

ROSA. Nada, venga usted conmigo y lo verá todo.

ADELA. Bueno.

CARLOS. Nosotros nos quedamos aquí fumando un cigarrillo.

ROSA. Como ustedes quieran. (A Adela.) Pase usted. (Se van por la derecha.)

ESCENA XIII

CARLOS y LUIS

LUIS. Pero oye, Carlos, ¿tu mujer dónde se ha metido?

CARLOS. (Señalando la puerta de la derecha.) En esa habitación.

LUIS. ¿Es que no nos quiere recibir?

CARLOS. Si ya ha recibido á ustedes.

LUIS. ¿Qué estás diciendo?

CARLOS. Sí, querido Luis. Mi mujer es la que habeis tomado por mi suegra, y esa niña del retrato es una sobrina suya que murió hace tres años.

LUIS. (Sorprendido.) ¿Qué esa vieja es tu mujer?

CARLOS. Esa.

LUIS. Pero si puede ser tu madre.

CARLOS. ¿Y qué quieres? esa es mi mujer.

LUIS. Vamos, comprendo. Te has casado con unas cuantas talegas.

CARLOS. No, hasta ahora no me he casado más que con una, pero algún día tendré las demás. Escucha, amigo mío. Mi mujer posée una gran fortuna en Lima que administra un primo suyo y de la que recibimos una renta mensual de dos mil pesetas. Pues bien, toda esa fortuna será mía porque mi esposa tiene otorgado testamento instituyéndome por su único y universal heredero.

LUIS. Se lograron tus deseos.

CARLOS. Sí.

LUIS. ¿Y eres feliz?

CARLOS. Hoy no sé que contestarte, pero tengo la esperanza de serlo y mucho.

LUIS. De modo que dos mil pesetas de renta mensual que unida á tu sueldo.... porque ya tu serás capitan como yó.

CARLOS. ¡Capitán! Podría serlo si hubiese conservado el honroso uniforme de artillería.

LUIS. ¿Qué, has hecho algún cambio de armas?

CARLOS. Sí. Desde hace dos años pertenezco á otro cuerpo.

LUIS. ¿A cual?

CARLOS. Al de rico almacenista de trigo.

LUIS. ¿Eh?

CARLOS. Mírame bien. Cazadora negra, pantalón negro, chaleco blanco y corbata verde. Este es el uniforme.

LUIS. No te entiendo.

CARLOS. Que este es el traje que usó siempre mi papá suegro, y el que yo uso desde el día en que me casé, por gusto de mi mujer.

LUIS. Vaya un gusto extravagante.

CARLOS. Que yo tolero por no disgustarla.

LUIS. Claro, y para que el testamento no se revoque.

CARLOS. Eso mismo.

LUIS. ¿De modo que pediste el retiro?

CARLOS. Definitivo. Esta fué la condición para casarme que me puso mi mujer. No le gustan los militares.

LUIS. Ya veo, amigo Carlos, que vives supeditado.

CARLOS. En efecto. Pero algún día se acabarán las privaciones. Soy joven y por razón natural viviré más que ella.

ESCENA XIV

DICHOS: ADELA y ROSA

ADELA. (Por la derecha, con Rosa.) Nada, señora, tiene usted puesta la casa con mucho gusto. (Marcando las frases.) He visto cosas que me han llamado mucho la atención.

(A Luis.) (¿Sabes quién es la mujer de tu amigo?)

LUIS. (A Adela.) (Sí, ya me he enterado.)

ADELA. (A Luis.) (No puedo contener la risa.)

LUIS. (A Adela.) (Ten prudencia.)

ROSA. (A Carlos.) (¡Qué antipática es esa señora! ¡Pues no se ha sorprendido de que yo sea tu mujer! ¿Por quién me había tomado la muy tonta?)

CARLOS. (A Rosa.) (Es un poco distraida, y...)

ROSA. (A Carlos con enojo.) (¡Tiene muy poca educación! ¡Reirse en mi cara!)

CARLOS. (A Rosa.) (Se reiría de otra cosa.) (Dirigiéndose á Adela.) ¿De modo que le ha gustado á usted?....

ADELA. Todo lo que he visto. Tiene usted muebles verdaderamente notables, sorprendentes. Bien se conoce que tiene usted una posición desahogada.

ROSA. (Marcando con intención.) ¡Y tan desahogada como es!

ESCENA XV

DICHOS y JUANA

JUANA. (Por el foro.) ¡Señorita!

ROSA. ¿Qué quieres?

JUANA. El cartero acaba de llegar, y....

ROSA. ¿Ha dejado carta?

JUANA. Sí señora, Tome usted. (La da y se va por el foro.)

ESCENA XVI

ADELA, ROSA, CARLOS y LUIS

ROSA. (Mirando el sobre.) De Lima. (A Carlos.) (Ahora verá esa cursilona si mi posición es desahogada.) Con el permiso de ustedes. (Abre la carta y saca una letra que da á Carlos.) Mira, Carlos, aquí viene la letra de las dos mil pesetas. La renta del mes. (Figura leer para sí.) Pero, ¿qué es esto? No escribe mi primo. ¡Ah! El que escribe es el otro administrador. (Pausa, durante la cual figura leer para sí la carta dando señales de sorpresa y emoción y después exclama muy afligida.) ¡Dios mío! ¡Qué desgracia tan grande!

¡Jesús!

CARLOS. ¿Pero qué ocurre?

ROSA. (Muy afligida.) ¡Para las ánimas!

CARLOS. (Con extrañeza.) ¿El qué?

ROSA. (Dándole la carta.) Toma y lee.

CARLOS. (Figurando leer para sí y después con naturalidad.) Que ha muerto tu primo y deja su fortuna para sufragio de las almas del purgatorio. Bien, esto no pasa de ser una desgracia. Ya era tan viejo y.. .

ROSA. Es que me tenía instituida heredera en su testamento anterior y lo ha revocado.

CARLOS. ¿Y qué razón hay para afligirse? ¿No tenemos bastante con tus bienes? Para nada nos hacen falta los suyos. No te aflijas por eso, mujer.

ROSA. (Muy compungida.) Es que los bienes que yo tenía eran precisamente los que él me dejaba en su anterior testamento.

CARLOS. (Sobresaltado.) ¿Eh? ¿Qué estás diciendo?

ROSA. Lo que oyes.

CARLOS. ¡No eran tuyos!

ROSA. No, pero iban á serlo á su muerte.

CARLOS. ¿Pero las dos mil pesetas que recibimos mensualmente...?

ROSA. Era una pensión que me tenía señalada.

CARLOS. ¡Dios mío de mi alma, que desengaño! (Cae abatido en una butaca.)

LUIS. Acaba de leer la carta, hombre.

CARLOS. No puedo. Toma. (Dándosela.)

LUIS. (Figura leer para sí.) Vamos, no está todo perdido. Algo hay para ustedes.

CARLOS. ¿Qué dices?

LUIS. Que en la nueva disposición testamentaria hay un legado. Escucha. (Leyendo en voz alta.) "Teniendo noticia de su casamiento con un joven militar á quien dobla la edad, lega á este, por analogía, y por una sola vez, la cantidad de tres mil pesetas, pues considera que ha de pasar á su lado las penas del purgatorio.

ROSA. ¡Dios mío!

ADELA. No se apure usted. (Toca el timbre.)

CARLOS. (Desesperado.) A más del desengaño, la burla. ¡Esto es el colmo! ¡Para las ánimas! ¡Para las ánimas!

ESCENA XVII

DICHOS y JUANA

JUANA. (Por el foro.) ¿Qué mandan los señores?

ADELA. Trae deseguida una poca de agua.

JUANA. Voy corriendo. (Se va por el foro.)

ESCENA XVIII

ADELA, ROSA, LUIS y CARLOS

CARLOS. ¡Ay, querido amigo, qué desengaño!

LUIS. Ánimo, que para estas ocasiones es cuando hace falta.

LUIS. (Con abatimiento.) No puedo. (Queda en la butaca mirando al suelo y apoyando la cabeza en las manos.)

ESCENA ÚLTIMA

TODOS

JUANA. (Por el foro con un vaso de agua.) Pase usted que aquí están los señores. (Acercándose á Rosa y á Adela.) El agua.

CLAUDIO. (Por el foro al ver la actitud de los demás.) (¿Qué sucederá?) (A Luis.) Caballero, ¿puede usted decirme lo que ocurre?

LUIS. Que ha muerto el primo que la señora tenía en Lima.

CLAUDIO. Dios lo haya perdonado. (Dirigiéndose á Rosa.) Señora, siento profundamente la desgracia que la aflije y pido al Señor le conceda fuerzas para encomendar su alma.

CARLOS. ¿Quién está ahi? (Levantándo la cabeza y mirando.) ¡Don Claudio!

CLAUDIO. Si señor. Acabo de enterarme de la desgracia acaecida y miren ustedes lo que es la misericordia divina. Hoy se les presenta á ustedes ocasión para hacer algo por el alma del finado. Hoy se saca ánima-

(Carlos hace un movimiento de ira y amenaza que contiene Luis.) El altar de la parroquia donde se mandan sufragios se encuentra ruinoso. Su reedificación sería una obra muy laudable á los ojos de Dios y así es que espero de los piadosos sentimientos que tanto os enaltecen, una limosna *para las ánimas.*

CARLOS. (Levantándose con ironía y reprimiendo la ira.) ¿Qué ha dicho usted?

CLAUDIO. (Con mucha tranquilidad.) Que pido á los señores *para las ánimas.*

CARLOS. ¿Sí, eh?

LUIS. (A Carlos sugetándole por un brazo.) Calma, Carlos.

CARLOS. (Reprimiéndose y con sarcasmo.) Y diga usted, ¿cuantas almas del purgatorio salen dando una moneda de cinco céntimos?

CLAUDIO. ¡Infinitas, don Carlos, infinitas!

CARLOS. (Desbordándose en ira.) Pues ya se ha cerrado el purgatorio. No queda ninguna dentro ¿entiende usted? No queda nadie más que yo que lo voy á arrojar por el balcón si no se marcha pronto, por farsante y estafador.

CLAUDIO. Pero...

CARLOS. ¡Fuera de mi casa! (Va á cojer una silla para arrojársela á Claudio que se irá corriendo por el foro.)

LUIS. (Deteniéndolo en la acción.) ¡Por Dios, Carlos!

CARLOS. (Dejándose caer abatido en la butaca.) No puedo más. ¡Ay amigo mío! ¡Qué feliz eres y qué merecido tengo lo que me ocurre!

TELÓN.

NOTA. — Gracias á las Srtas. Pierrat y Delage y á los Sres. Fernández, Echaide y Tojedo por la excelente interpretación que hicieron de sus respectivos papeles.

G. y M.

DEL MISMO AUTOR

LOS GEMELOS, juguete cómico en un acto y en prosa.

Á SOLAS CON TODO EL MUNDO, monólogo cómico en prosa.

LOS MONIGOTES, juguete cómico en un acto y en prosa (2.ª edición.)

LOS CARCAMALES, juguete cómico en un acto y en prosa,

SATURNO, juguete cómico en un acto y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía,* y de *Rosado,* Puerta del Sol; de *Simón* y *Osler,* calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja,* calle de la Paz.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administración* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.